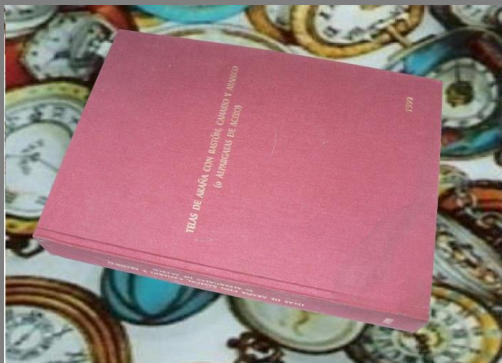


[Una hoja de papel, con exactamente lo que se ve aquí, estaba entre las páginas 120 y 121 del libro aquel del que me gustó el título y que no son...](#)

Pero no me va a caber la explicación en este recuadro tan chico, así que haga clic en el asterisco y se la doy allí.

Esta es la hoja

Haga clic aquí si no se acuerda



Es posible que así, en fotografía y sin ningún otro objeto con que compararlo no se aprecie el tamaño; pero es un buen trocho de 671 folios (folios, folios; no DIN A4) mecanografiados y en encuadernación rígida forrada en tela.

Le dije “¿y este mamotreto?” y respondió que estaba en un banco de su lugar de trabajo.

No había nadie cerca — era una de esas mañanas de otoño bastante grises, anubarrada y con viento que lo tenía de mal humor porque, dice, “me siento frustrado”; y que la primavera es una gloria — y, harto de batallar, se sentó y allí estuvo un rato, abriéndolo y cerrándolo y dedicando ocasionalmente miradas asesinas a “tanta maldita hoja que...”.

Le dije “bueno; ya vale. Cálmate” y que, entendiera, el mundo es como es y de nada vale luchar contra los elementos.

— ¡Pero si no luché! — respondió — ¿No te he dicho que me pasé la mañana ahí sentado, como un vago, mirándolo?

— ¿Y no era de nadie? — Le pregunté.

— Con la mañana tan horrible allí no había un alma.

Así que, cuando dieron las tres y malterminó un poco de cualquier manera con las hojas, cogió el metro y se lo trajo a casa.

No figura en ninguna parte ni autor, ni editorial, ni nada de nada. Además, ya digo, son folios (no DIN A4) mecanografiados directamente desde la máquina de escribir; así que...

Luego, a la mañana siguiente, como le gustó — lo primero que hace en otoño e invierno nada más levantarse es mirar por la ventana; la temperatura no le importa, pero el aire... — ver que el día estaba muy calmo se dulcificó, le afloró la bonhomía y dijo que como tenía toda la pinta de ser un único ejemplar lo iba a llevar a objetos perdidos.

Yo no dije nada; pero me había gustado ese título tan extravagante. Así que esperé otro par de días y fui, yo, a objetos perdidos, explicando que un libro así y asá de 671 folios (no DIN A4) con encuadernación rígida forrado en tela roja y las letras doradas...

[Que me lo había olvidado en un banco del Retiro, dije.](#) Y me lo entregaron sin rechistar.

Que el libro en sí mismo no es que me hiciera a mí falta ninguna, que eso ya lo sé, y el título que es lo que a mí me interesaba era tan sumamente fácil de recordar de puro raro que podía memorizarlo aunque no estuviera viéndolo; pero se me metió a mí en mi cabeza que me hacía gracia — un poco puede que por aquello de la vanidad de estar teniendo algo distinto y que no tendrían, seguro, ninguna de mis amigas — conservar un libro del que (porque en eso podía estar teniendo razón mi marido) existía nada más un ejemplar.

